

LA DECISIÓN

Ella te dice a menudo que vosotros ya no estáis para esas guarrerías. Tú callas. Al cabo de los años has descubierto que, con ella, es mejor callar que discutir. Pero no te resignas.

Tienes que darte prisa. Esta noche vendrán a cenar tus nietos, y tus dos hijos con sus esposas. Las copas tomadas en la Empresa durante la fiesta de Navidad te han animado. Tus compañeros se han ido ya para sus casas. Unos ayudarán a su mujer en la cocina; otros terminarán de decorar el árbol con sus hijos pequeños. A ti ella te ha encargado una compra de última hora. Aún tienes tiempo de hacerla si te das prisa con lo otro. Y estás decidido. Enfilas la carretera de la costa. Veinte kilómetros y las luces de colores aparecen en un recodo. Entrás en el aparcamiento. Hay tres o cuatro coches cerca de la puerta de entrada. Desciendes del tuyo. La brisa del mar te llega fría, muy fría. Sientes su sonido como un lamento lejano. Entrás al bar. El olor del ambientador te aturde. La luz velada te insta al sopor. No puedes hundirte. Pides una copa de ron. Un par de clientes abrazan a unas chicas. Te acercas a una rubia del final de la barra. Esta abstraída. Pero tú no puedes perder tiempo. Tienes que darte prisa o te cerrarán los comercios. Casi le pides perdón por interrumpir sus pensamientos.

-¿Podemos subir? Le dices.

La chica te mira con ojos inexpresivos. Sin contestarte se dirige a la escalera. Pagas y la sigues hasta la habitación. Ves cómo se desnuda con movimientos mecánicos. Intentas seguir animado. No pensar en tu mujer: “Nosotros ya no estamos para esas guarrerías”. Tienes que concentrarte en la chica: la curva de su culo, el perfil de su pecho, su boca en tu pene.

Al cabo de unos minutos te das cuenta de que no puede ser. Los pensamientos te inundan: “¿Qué horas son éstas de llegar?” “¿Y el champán que te encargué?”.

-Déjalo, es inútil. Le dices a la chica.

Sales de la habitación a paso ligero. “Tal vez haya alguna tienda abierta todavía”. Cruzas deprisa la sala de luces veladas. Ningún cliente ya. El camarero recoge los últimos vasos. Sales al exterior. Tu coche solo, a un lado del aparcamiento. Giras la llave de contacto. El motor de arranque no termina de explotar. Esperas unos instantes y

giras la llave de nuevo. El ruido es más fugaz todavía. Vuelves a intentarlo una y otra vez de forma compulsiva. Nada. Golpes secos, apagados.

No te desanimas. Quizás con unas pinzas se pueda arreglar todo. O que te empujen el coche hasta que encajes la marcha. Miras la puerta del Club. Ya han apagado las luces del luminoso. Ningún sonido. Sólo el golpeo sordo de las olas contra las rocas. Y ¿algún amigo que venga a buscarte? Lo deshechas. Ninguno de confianza para llamarle a esas horas. Y en la compañía de seguros no es probable que te cojan el teléfono.

Abres tu móvil. Hay una raya en el icono de la batería. Suficiente para llamar a uno de tus hijos, que ya habrán llegado a casa. Tus hijos, con tus nueras y tus nietos, y tu mujer... Una salida vergonzosa. ¿Llamarás? Te lo piensas. Se ha remansado tu ímpetu. Ya no te preocupa el cierre de los comercios; ni la cena. Ni siquiera tu sexualidad. ¿Llamarás a uno de tus hijos para que te recoja? Quizás no quede otra opción. Pero ahora esperas. Miras al frente, y esperas para decidirte.

Tras el parabrisas el hueco negro: el mar que siempre está ahí, a un corto vuelo desde el acantilado.